

Clásicos Modernos

Las flores radiactivas

Agustín Fernández Paz



ANAYA

1.ª edición: marzo 2013

Título original: *As flores radioactivas*

© Del texto: Agustín Fernández Paz, 1990, 2013

© De la traducción: Isabel Soto, 2013

© De la ilustración de cubierta: Miguelanxo Prado, 2013

© De la fotografía de la página 36: Greenpeace / Pierre Gleizes

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2013

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-678-4090-2

Depósito legal: M-3466-2013

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Clásicos Modernos

Las flores radiactivas

Agustín Fernández Paz



Traducción:
Isabel Soto

ANAYA

*Para Inma,
por tantas cosas.*

UNA ADVERTENCIA

Aunque en *Las flores radiactivas* se narra una historia de ficción, en el texto aparecen múltiples referencias a acontecimientos que sucedieron en la realidad. En los ANEXOS incluidos al final del libro se informa sobre los hechos reales citados en la novela y se reflexiona sobre sus consecuencias.

1

EL MISTERIO DE LA FOSA ATLÁNTICA

La primera noticia sobre lo que los periódicos y otros medios de comunicación llamarían más tarde «el misterio de la Fosa Atlántica» llegó a oídos de Alba la mañana del miércoles, 12 de julio de 1989. La muchacha estaba sentada en las piedras del muelle de Pontebranca, al lado de su amigo Javier; con sendas cañas de pescar, los dos permanecían atentos a las oscilaciones del corcho en la superficie del agua.

■ 11

La tranquilidad de la que disfrutaban se había roto con la llegada de un hombre de extravagante camisa amarilla que, armado también con su caña y un voluminoso radiocasete, se había sentado a escasos metros de ellos. Alba no tardó en cansarse de la cháchara que salía del aparato, encendido a un volumen anormalmente alto. «Lo malo del verano es que Pontebranca se llena de turistas. Y algunos son tan pelmazos como este señor. ¿Por qué nos obliga a soportar las tonterías que le gustan a él?», comentó Alba en voz baja, tras lanzarle al intruso una mirada de las que Javier calificaba de «asesinas».

Pero no obtuvo respuesta, porque su amigo parecía no haberla oído. La chica decidió recoger su caña y abandonar la pesca, en vista del poco éxito que había tenido hasta entonces. Y eso que Javier le había asegurado que durante las horas de la mañana era cuando mejor picaban las lubinas, coincidiendo con la subida de la marea. Pero hasta aquel momento los resultados eran bastante pobres: en la bolsa que compartían solo había cuatro fanecas de regular tamaño y cinco anguilas más bien pequeñas.

12 ■

«Se está bien aquí, con las piedras tibias por el calor del sol. Pero de buena gana me acercaría hasta la playa, hoy el agua debe de estar buenísima», pensó Alba, dirigiendo la vista al arenal que brillaba al otro lado de la ría. El reloj del ayuntamiento comenzó a dar las campanadas del mediodía, y el hombre de la camisa amarilla, al oírlas, movió el dial de la radio, buscando otra emisora. Al poco rato se escuchó la sintonía que anuncia los boletines informativos, y el hombre lo dejó en aquella frecuencia con expresión satisfecha.

Alba prestó atención. No es que las noticias fueran su sección preferida, pero le agradaba escucharlas. Aunque buena parte de ellas no le interesaban nada, siempre había algunas que le llamaban la atención y que luego le gustaba comentar en casa, con sus padres y su hermano.

Después de varias informaciones que le parecieron rutinarias, la voz de la locutora de la Radio Gallega anunció una conexión con su corresponsal en A Coruña. La periodista inició entonces una crónica que, poco a poco, Alba comenzó a seguir con interés creciente:

«... y los barcos *Alborada* y *Xeitoso*, que faenaban a unas 350 millas del cabo Fisterra, en las proximidades de la zona conocida como Fosa Atlántica, avistaron a media tarde un intenso resplandor, localizado en un lugar situado a 16° 30' de longitud oeste y a 46° de latitud norte. Se acercaron hasta situarse a media milla de la zona del resplandor, desde donde se observaba claramente una gran mancha brillante, que se extendía por la superficie del mar.

Conocedores de que se encontraban en la zona donde, hasta hace pocos años, se realizaban los tristemente famosos vertidos de residuos radiactivos, decidieron no aproximarse más al lugar del raro fenómeno. Tras regresar a tierra, comunicaron su descubrimiento a las autoridades de la Comandancia de Marina.

En una breve conversación telefónica, José Louzao, patrón del *Alborada*, nos confirmó la veracidad de los hechos que acabamos de relatar. Según su testimonio, la mancha brillante parecía ir ganando en extensión y no se asemejaba a nada de lo que había visto en su larga vida de marinero. Añadió que no se habían atrevido a investigar su origen porque tenían muy presente la potencial peligrosidad de la zona.

En la Comandancia de Marina lo único que conseguimos fue la confirmación de la noticia, pero sin obtener ningún nuevo dato ni tampoco una valoración oficial de los hechos».

Finalizó la crónica de la corresponsal y, al poco rato, con la predicción del tiempo concluyó también el espacio infor-

mativo. Ni el hombre de la camisa llamativa, ni mucho menos Javier, que seguía con la vista obsesivamente fija en las oscilaciones del corcho, parecían impresionados por la noticia. Alba, en cambio, sí lo estaba, porque todo lo relacionado con la Fosa Atlántica le traía un gran número de recuerdos.

14 ■ Aunque en aquellos años ella era muy pequeña y no podía recordar la aventura de su hermano Luis, se la había escuchado contar tantas veces que era como si la hubiera vivido ella misma. Su hermano había sido uno de los tripulantes del *Boavista*, el barco fletado por diversos ayuntamientos y grupos ecologistas de Galicia en el verano de 1982, para sumarse a las protestas —uniéndose a los barcos de Greenpeace— por el vertido de residuos radiactivos en la Fosa Atlántica.

Desde hacía varias décadas, cargueros de diversos países europeos arrojaban al mar bidones y más bidones de materiales radiactivos, residuos de las centrales nucleares, sin preocuparse de las consecuencias que para la vida marina podrían tener en el futuro. Según había relatado tantas veces Luis, la intervención del *Boavista* y la del *Sirius*, el barco de Greenpeace, había sido decisiva para evitar que los vertidos continuaran. «Fue lo más importante que hicimos los de ADEGA en toda nuestra historia», solía afirmar en la conclusión del relato.

A Alba le vino a la memoria uno de los carteles que decoraban la habitación de su hermano. Aunque lo había contemplado repetidas veces, siempre le llamaba la atención. En él se veía a un hombre aferrado a una cuerda, medio sumergido en las aguas del mar, que trataba de alcanzar la

cubierta de un gran barco escalando por uno de sus costados. Según le había contado Luis, era la foto de un voluntario de Greenpeace en el momento de abordar un carguero nuclear, para así impedir los vertidos. «*Un hombre solo no puede parar un barco. Mójate con nosotros*», se leía en las grandes letras del cartel.

Alba se animó a comentar con su amigo la noticia que había escuchado en la radio:

—Javier, ¿qué te parece la historia de esa mancha brillante? Por la radio acaban de decir que es enorme y que se encuentra en la Fosa Atlántica.

—¿Una mancha brillante? ¿De qué radio me hablas?
—contestó Javier, sin prestar la más mínima atención—. Si no te importa, espera un minuto. ¡Creo que por fin quiere picar una lubina!

—Tranquilo, hombre. Déjalo, son cosas mías —respondió Alba, tras comprobar el escaso interés de su compañero.

La muchacha se levantó, se sacudió la parte de atrás del pantalón y recogió cuidadosamente su caña. Alcanzó la bolsa que tenía al lado y dijo:

—Me voy a la playa, haz el favor de llevarme la caña cuando termines. Hace un sol fantástico, seguro que se estará mejor que ningún día. Si quieres venir más tarde, yo me pondré donde siempre, por las rocas cercanas al pinar. ¡Hasta luego!

Clásicos **Modernos**



Otros títulos de la colección

El mecanoscrito del segundo origen

Manuel de Pedrolo



Cuando Alba se tira al río para rescatar a Dídac, un chico mulato al que han empujado al agua, se produce un ataque alienígena. Justo en ese instante en el que Alba y Dídac están bajo el agua, el mundo, tal y como lo han conocido hasta entonces, deja de existir.

Cuando salen a la superficie, atónitos, descubren lo ocurrido y se van dando cuenta de que parecen ser los únicos supervivientes. Tras el *shock* inicial, la lucha se impone, hasta que ambos caen en la cuenta de que de ellos depende la construcción de un nuevo mundo y el preservar aquello del pasado que consideran importante, como por ejemplo los libros.

Alba y Dídac se convertirán en los nuevos padres de la humanidad porque decidirán ser el origen en lugar del final.

El ponche de los deseos

Michael Ende

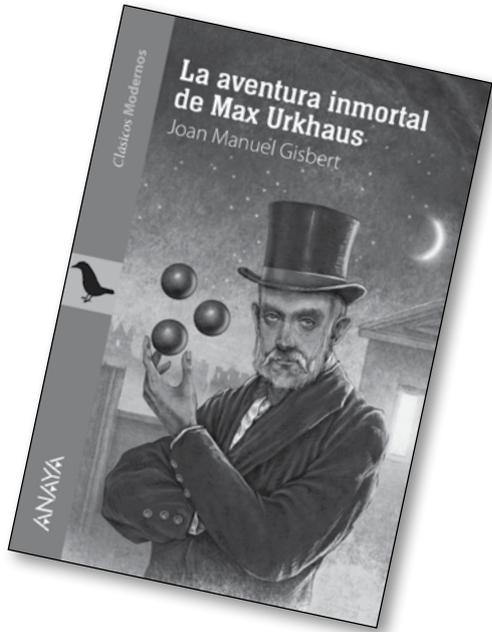


Belcebú Sarcasmo y Tirania Vampir se disponen a preparar un ponche *genialcoholorosatanarquiarqueologicavernoso* para celebrar el año nuevo. Se trata de un tipo de brebaje muy apreciado en los círculos de brujería por el poder que posee. Con este ponche, todos los deseos que pidan antes de las doce de la noche se cumplirán, pero al revés. Es decir, si piden que haya paz, habrá guerra.

Pero el gato de Sarcasmo y el cuervo de Vampir, que escuchan lo que se está tramando, buscarán una solución al maleficio para que el brujo y la bruja no se salgan con la suya.

La aventura inmortal de Max Urkhaus

Joan Manuel Gisbert



Max Urkhaus, un extraño y casi invisible investigador que parece haber alcanzado una edad inverosímil, se dedica a experimentar en secreto con el pensamiento humano y las leyes de la materia. Su incesante búsqueda de personas adecuadas para sus pruebas lo lleva a entrar en contacto con tres prodigiosas jóvenes hermanas, idénticas hasta un grado nunca visto, que son el resultado de manipulaciones y pruebas de laboratorio en genética y embriología.

Con la decisiva colaboración de estas hermanas, Urkhaus emprenderá asombrosos experimentos con las dimensiones del espacio y los límites del tiempo, como nunca nadie se había propuesto hasta entonces, dando lugar a escenas inauditas.

**Una de las novelas de Agustín Fernández Paz
más críticas con el deterioro del medio
ambiente y la manipulación informativa.
Un canto a la paz.**

En la Fosa Atlántica, donde los países europeos
vertieron residuos radiactivos hasta 1982, dos
pesqueros descubren una gran mancha brillante
que produce un misterioso resplandor en el mar.
Cuando la OTAN envía barcos a examinar la zona,
se encuentra con algo sorprendente que las
autoridades ocultan en un intento de no alarmar
a la población.

Alba, una chica que se siente atraída por
este descubrimiento, se irá implicando en la
investigación y, tras introducirse como polizón
en un barco, viajará a la zona con un grupo de
ecologistas y periodistas. Se inicia así una aventura
que acabará teniendo repercusión mundial.

Clásicos **Modernos**, una selección de los mejores
libros juveniles para leer en el siglo **xxi**.

1579008

ISBN 978-84-678-4090-2



9 788467 840902

www.anayainfantilyjuvenil.com

AVENTURA



ANAYA